

lida, cuán demudada parecía? Conoce su situación la infeliz hija mía. Este es el momento de salvarla, y no quiero desaprovecharlo. (Intenta irse.)

RAIMUNDO.—¡Quedaos! ¿Que os proponéis nacer?

THIBAUT.—Sorprenderla, precipitarla desde la cúspide de su loca fortuna; sí, á la fuerza quiero que vuelva á su Dios, de quien ha renegado.

RAIMUNDO.—¡Ah! ¡Pensadlo bien! Podría suceder que la perdiérais.

THIBAUT.—Viva su alma, aunque perezca su cuerpo. (Juana sale sin la bandera de la iglesia. El pueblo se atropella por adorarla y besar sus vestidos, y se queda en el fondo del teatro detenida por la muchedumbre.) ¡Ella viene! ¡Ella es! Sale pálida de la iglesia. Su inquietud la rechaza de ese lugar sagrado. ¡Es la justicia divina que se manifiesta!

RAIMUNDO.—¡Adiós! No exigid ya que os acompañe. Vengo lleno de esperanza, y me voy presa del más vivo dolor. He visto de nuevo á vuestra hija, y comprendo que la he de perder de nuevo. (Vase y Thibaut también, en dirección opuesta.)

ESCENA IX.

JUANA, el PUEBLO, y después sus HERMANAS.

JUANA. (Que se separa del pueblo y se adelanta.)—¡No puedo quedarme aquí!... Persiguenme fantasmas; los sonidos del órgano son truenos para mí; los bóvedas de la catedral parece que se desploman sobre mi cabeza. Ansío respirar libremente. He dejado la bandera en el santuario. No, jamás, jamás la tocaré! Se me ha figurado que he visto pasar ante mí, como en un sueño, á mis dos queridas her-

manas Luisa y Margarita... ¡Ay de mí! Era sólo una aparición engañosa. ¡Lejos están ellas, lejos é inaccesibles para mí, como la dicha de mi infancia y mi inocencia!

MARGARITA. (Adelantándose.)—¡Ella es! ¡Es Juana!

LUISA. (Corriendo á su encuentro.)—¡Oh hermana mía!

JUANA.—¿No era, pues, ilusión?... ¿Sois vosotras?... ¡Yo os abrazo; á tí, Luisa mía; á tí, mi Margarita! Aquí, en este lugar extraño, en este vasto desierto lleno de almas, abrazo yo á mis hermanas tan adoradas!

MARGARITA.—Nos conoce; es todavía nuestra buena hermana.

JUANA.—Y vuestro afecto vos ha traído tan lejos, tan lejos, hasta mí? ¿No miráis mal á vuestra hermana, que os abandonó con tanta frialdad, sin decirnos adiós?

LUISA.—Las órdenes misteriosas de Dios te lo ordenaban.

MARGARITA.—Tu fama, que pregona el mundo entero, que publican todas las voces, ha llegado hasta nuestra tranquila aldea, y nos ha guiado hasta fiesta tan solemne. Hemos venido á contemplar tu gloria, y no estamos solas.

JUANA. (Con prontitud.)—¿No está mi padre con vosotras? ¿En dónde, en dónde está? ¿Por qué me lo ocultáis?

MARGARITA.—Nuestro padre no nos acompaña.

JUANA.—¿No? ¿No quiere ver á su hija? ¿No me traéis su bendición?

LUISA.—No sabe que estamos aquí.

JUANA.—¿No lo sabe? ¿Por qué no?... ¿Os turbáis? ¿Calláis, y miráis al suelo? Decid, ¿en dónde está mi padre?

MARGARITA.—Desde que tú desapareciste...

LUISA. (Haciéndole una señal.)—¡Margarita!

MARGARITA.—Se puso triste...

JUANA.—¿Triste?

LUISA.—¡Consuélate! ¡Tú sabes cuán sensible es! Volverá á su anterior estado, y se considerará satisfecho cuando le digamos que tú eres feliz.

MARGARITA. — Pero ¿lo eres? Sí; debes serlo, ya que te ves tan grande y tan honrada.

JUANA. — Sí; lo soy, puesto que os veo, que oigo vuestra voz, el acento querido, que me recuerda los campos natales. Cuando apacentaba el ganado en las colinas, era yo feliz, como si existiera en el paraíso... ¡No puedo ya ser lo que era, no puedo! (Oculta su rostro en el pecho de Luisa. Claudio María, Esteban y Bertrand se presentan, y se quedan en el fondo.)

MARGARITA. — ¡Venid, Esteban, Bertrand, Claudio María! Mi hermana no es orgullosa; habla con tanta dulzura, y tan amigablemente, como si nada hubiese hecho, como si todavía viviese con nosotros en la aldea. (Acércanse aquéllos, y le presentan la mano. Juana los mira fijamente, y manifiesta gran sorpresa.)

JUANA. — ¿En dónde estaba yo? Decidme, ¿ha sido todo esto sólo un sueño, y despierto ahora? ¿Me encuentro ahora lejos de Donremy? ¿No es verdad? ¿Me había dormido bajo el árbol encantado, y he despertado, y estáis todos á mi rededor, todos esos á quienes tan bien conocía, y que me eran tan familiares? He soñado con reyes, batallas y hazañas guerreras... Eran sólo sombras, que han pasado ante mí, porque se sueña debajo de ese árbol. ¿Cómo habéis venido vosotros á Reims? ¿Cómo estoy yo aquí? ¡Nunca, nunca he abandonado yo á Donremy! Decidlo, y regocijaréis así mi corazón.

LUISA. — Estamos en Reims. Tú no has soñado todo eso, lo has hecho realmente... ¡Vuelve en tu acuerdo; mira cuanto te rodea! ¡Paipa tu armadura de oro! (Juana lleva la mano á su pecho, reflexiona, y se espanta.)

BERTRAND. — De mi mano recibiste ese casco.

CLAUDIO MARÍA. — No es extraño que creas soñar, porque lo que has intentado, lo que has hecho, apenas se puede imaginar.

JUANA. (Con prontitud.) — ¡Venid y huyamos! Me voy con vosotras. ¡Vuelvo á nuestra aldea, á la casa de mi padre!

LUISA. — ¡Oh! ¡Ven, ven con nosotras!

JUANA. — Todos estos hombres me glorifican más de lo que merezco. Me habéis visto niña, pequeña y débil. Me amáis, pero no me adoráis.

MARGARITA. — ¿Renunciarás á toda esta pompa?

JUANA. — Lejos de mí esas galas odiosas, que me separan de vosotras. Quiero ser otra vez pastora. Os serviré como vuestra humilde criada, y expiaré, haciendo la más rigurosa penitencia, mi vana elevación sobre vosotras. (Suenan las trompetas.)

ESCENA X.

EL REY, que sale de la iglesia, con sus insignias reales; INÉS SOREL, el ARZOBISPO, el DUQUE DE BORGÑA, DUNOIS, LA-HIRE, DUCHATEL, CABALLEROS, CORTESANOS y PUEBLO.

EL PUEBLO. (Gritando varias veces, mientras pasa el Rey.) — ¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII! (Las trompetas se callan; á una señal del Rey, los heraldos, levantando sus bastones, imponen silencio.)

EL REY. — ¡Pueblo mío bondadoso! Te doy las gracias por tu amor. La corona, que Dios ha puesto en mi cabeza, ha sido ganada y conquistada con las armas, derramándose noble sangre de ciudadanos, aunque habrán también de adornarla ramas de oliva. Doy también las gracias á todos los que han peleado por mí, y perdono á cuantos me han resistido, porque Dios me ha dispensado su gracia,

y la clemencia ha de ser también el principio de mi reinado.

EL PUEBLO.—¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII!

EL REY.—Sólo de Dios, el Soberano de los Soberanos, es de quien recibimos la corona real de Francia. Pero yo la he recibido de su mano de manera más sensible (Volviéndose hacia la Doncella.) He aquí la enviada por Dios, que os ha dado vuestro Monarca legítimo, rompiendo el yugo de la tiranía extranjera. Su nombre debe ser igual al de San Dionisio, patrono de este Reino, y en su loor deben también alzarse altares.

EL PUEBLO.—¡Viva, viva la Doncella, nuestra salvadora! (Suenan las trompetas.)

EL REY. (A Juana.)—Si tú eres, como nosotros, de la raza humana, di cuál es la recompensa que puede regocijarte; pero si el cielo es tu patria, si tú, en tu cuerpo juvenil, encierras un alma celestial, arranca la venda, que cubre nuestros ojos, y déjate ver en tu forma gloriosa, como eres en el cielo, para que te adoremos en el polvo. (Silencio general; todos miran á la Doncella.)

JUANA. (Gritando de repente.)—¡Dios mío! ¡Mi padre!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, y THIBAUT, que sale de entre la muchedumbre, y se coloca delante de JUANA.

MUCHAS VOCES.—¡Su padre!

THIBAUT.—Si, su padre, digno de lástima, el que engendró á esa desventurada, el mismo, á quien imputa la justicia de Dios, para que acuse á su propia hija.

EL DUQUE.—¡Hola! ¿Qué es esto?

DUCHATEL.—¡Terrible luz va á iluminarnos ahora!

THIBAUT. (Al Rey.)—¿Crees tú que te ha salvado la mano de Dios? ¡Príncipe engañado! ¡Te ha salvado el artificio del demonio! (Todos se apartan con horror.)

DUNOIS. ¿Está loco ese hombre?

THIBAUT.—Yo no, y tú sí, y cuantos me rodean, y este sabio Arzobispo, porque creen que el Señor del cielo se ha mostrado en la persona de una doncella despreciable. Veamos si también delante de su padre se atreve á sostener sus arteros engaños, los mismos con que ha seducido al pueblo y al Rey. Respóndeme en nombre de la Santísima Trinidad. ¿Eres santa, y eres pura? (Silencio general; todos la miran; ella se queda inmóvil.)

INÉS.—¡Dios mío! ¡Enmudece!

THIBAUT.—Obligala á callar ese nombre temible, cuyo poder alcanza hasta las profundidades del Averno... ¡Ella una santa, enviada por Dios!... Esa idea le ha sido sugerida en un lugar maldito, bajo el árbol mágico, en donde, desde tiempo inmemorial, se reúnen para celebrar sus conciliábulos los malos espíritus... Allí vendió su alma inmortal al enemigo del género humano, para conquistar una gloria efímera mundana. Descubridle el brazo, y veréis en él la señal, que ha puesto el diablo.

EL DUQUE.—¡Esto es horrible! .. Sin embargo, es menester dar crédito á su padre, acusando á su propia hija.

DUNOIS.—No; no hay que fiarse de un loco, que se deshonra deshonorando á su hija.

INÉS. (A Juana.)—¡Oh! ¡Habla! ¡Rompe ese maldadado silencio! ¡Nosotros te creemos! ¡Tenemos en tí confianza! Una palabra tuya, una sola palabra de tus labios nos satisface... ¡Pero habla! Desmiente esa espantosa acusación... ¡Declara que eres inocente, y todos te creemos! (Juana continúa inmóvil; Inés se aleja de ella asustada.)

LA-HIRE.—¡Está espantada! La sorpresa y el horror cierran sus labios... Ante una acusación tan grave tiembla hasta el más inocente. (Acércase á ella.) ¡Reánimate, Juana; ¡Cobra bríos! La inocencia tiene una mirada victoriosa, una lengua, siempre triunfante, que anonada en un momento á la calumnia. Manifiesta una noble ira, levanta los ojos, avergüenza y castiga á quienes dudan de tí, á quienes menosprecian indignamente tu santa virtud. (Juana continúa inmóvil. La-Hire retrocede con horror, y el movimiento general se aumenta.)

DUNOIS.—¿Por qué tiembla el pueblo? ¿Por qué los Príncipes? Es inocente... ¡Yo respondo de ella, yo mismo, por mi honor también de Príncipe! Aquí está mi guante. ¿Quién se atreve á llamarla culpable? (Suena un trueno fuerte, y todos los presentes se aterroran.)

THIBAUT.—¡Responde en nombre de Dios, cuyo trueno retumba allá arriba! ¡Di que eres inocente! ¡Niega que el diablo es dueño de tu alma, y convénceme de embustero! (Suena otro trueno más fuerte, y el pueblo huye en todas direcciones.)

EL DUQUE.—¡El Señor nos ampare! ¡Qué señales tan temerosas!

DUCHATTEL. (Al Rey).—¡Venid, venid, Rey mío! ¡Huyamos de aquí!

EL ARZOBISPO. (A Juana).—En nombre de Dios te digo: ¡Callas porque eres culpable ó inocente? Si el trueno testifica en tu favor, toma esta cruz, y pruébalo. (Juana permanece inmóvil. Nuevos y mayores truenos. Inés, el Arzobispo, el Duque, La-Hire y Duchattel se van.)

ESCENA XII.

DUNOIS y JUANA.

DUNOIS.—Tú eres mi esposa. Yo te he creído desde el instante en que te ví, y lo mismo pienso ahora. Te doy más fe que á todas estas señales, y más que al trueno, que suena en lo alto. Callas noblemente indignada, y á menos tienes, bajo el escudo de tu santa inocencia, rechazar esas injuriosas sospechas... Desprécialas, pero confía en mí, porque nunca he dudado de tu candor. Nada me digas; dame sólo tu mano, en prenda y signo de que fías á mi brazo la defensa de tu buena causa. (Le presenta su mano. Ella se vuelve, y éi se queda estupefacto.)

ESCENA XIII.

JUANA; DUCHATEL; DUNOIS; por último, RAIMUNDO.

DUCHATTEL. (Volviendo).—¡Juana de Arco! El Rey os permite que abandonéis libremente esta ciudad. Las puertas están abiertas para vos. No temáis ofensa alguna. Os protege su poder... Seguidme, Conde Dunois... no os honráis continuando más tiempo aquí... ¡Qué desenlace! (Vase. Dunois sale de su éxtasis, mira otra vez á Juana, y se va. Juana permanece sola un momento. Al fin aparece Raimundo; se detiene algunos instantes, á lo lejos, y la contempla afligido breve rato y en silencio. Después se acerca á ella, y le coge una mano.)

RAIMUNDO.—Aprovecha la ocasión. ¡Ven, ven! Las calles están desiertas. Dame la mano. Yo te guiaré. (Al verlo, manifiesta por primera vez sensibilidad. Lo mira, y luego al cielo. Estrecha su mano con efusión, y sale.)

ACTO V.

El teatro representa un bosque. En lontananza, chozas de carboneros. Está muy oscuro, con relámpagos y truenos, y oyéndose, por intervalos, descargas de artillería.

ESCENA PRIMERA.

UN CARBONERO, y SU MUJER.

EL CARBONERO.—La tempestad es horrorosa. El cielo amenaza desgajarse en torrentes de fuego, y en medio del día reinan las tinieblas como á la media noche. Cual infierno desencadenado muge la borrasca; tiembla la tierra, y las seculares encinas encorvan, quejándose, sus copas. Y esta guerra terrible en lo alto, que hasta acobarda á las fieras, y las obliga á refugiarse en las cavernas, no trae la paz á los hombres... A pesar del fragor de los truenos y del huracán, se oyen las descargas de la artillería; tan próximos están los dos ejércitos, que sólo el bosque los separa, y á cada instante puede empezar horrenda y sangrienta batalla.

LA MUJER.—¡Dios nos ampare! Los enemigos estaban